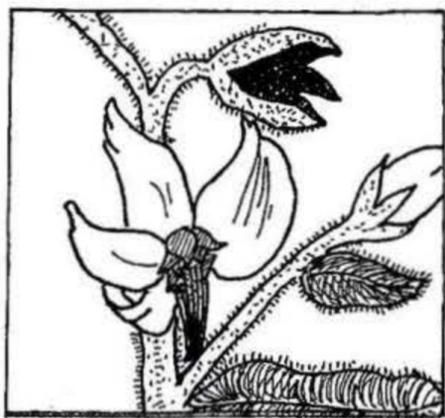


nos válido ejercicio de pasión crítica por nuestra tierra y sus gentes. Por ese país mulato, mestizo y tropical sobre el cual bien puede decir y, como siempre, en buena prosa:

El aprecio nace del conocimiento, y siempre he aspirado a que mis puntos de vista sirvan como una contribución a una mejor comprensión de mi patria. Aun cuando parezca trivial, nuestro país, a pesar del desgarramiento presente, inspira un afecto que a veces linda con la compasión. La pregunta obligada es la de cómo hemos podido llegar al borde del abismo, y mucho me temo que a través de los años mis escritos se hayan limitado a proyectar una visión optimista de nuestro entorno [pág. XVIII].

Nunca sabemos muy bien con quién vivimos, como nos lo enseñó Marcel Proust y ahora resulta que el severo, puntual, inglés y muy preciso ex presidente López Michelsen es al mismo tiempo el coqueto, festivo, parrandero y encantador Alfonso López. Pero es mejor que ya vayamos aproximándonos a su auténtico retrato. Al de un hombre pendiente del país que quiere y quien trató, en la acción y en la reflexión, de que sus compatriotas tuvieran conciencia del hecho de ser colombianos, en una perspectiva más dilatada. Que ese acto de fe, como diría Borges, encarnara en hechos perdurables.



No preguntarnos, egoístas y pusilánimes, qué nos debe Colombia sino cuánto nos ha dado como privilegiados que tuvimos techo, educación, salud, comida. Participación colectiva y posibilidad de confrontar nuestras visiones con las visiones de otras tierras y con

luces de otros sueños. Quizá por ello López ha querido retribuir con sus páginas y su tarea pública algo de lo mucho que ha recibido y por ello resulta tan dicente que vuelva a sus orígenes de cuestionador inveterado y con esta octava edición de *Los elegidos* torne a mantener, en el diálogo con Andrés Oppenheimer, el poder impugnador de sus ideas y vuelva a confrontarlas con el tiempo que pasa sin por ello abjurar de lo que ha sido. “Antes de la televisión, el principal factor de identificación nacional habían sido las guerras civiles: los miembros de un partido en una región llevaban a conocer a sus correligionarios en otra y llegaban a adquirir cierta familiaridad al unirse contra un enemigo común” (pág. 22).



Porque López, no hay duda, tiene fe y convicciones. Es justo reconocer entonces su fidelidad a las ideas liberales, a su partido y a la memoria combatiente de su padre, y de otra parte a la cultura y a esa “pseudo erudición sobre las flores y las frutas del trópico”, como él mismo la califica, que lo vincula, premonitorio ecólogo, a la estirpe de su madre, a esa “gata misterio” que Tomás Rueda Vargas incorporó a sus *Visiones de la Sabana*. Se cierra así espléndidamente su *Parábola del retorno*, como López tituló otro libro suyo del año 1988. De todos modos algo hemos avanzado. Es justo reconocerlo al pensar que ahora la homilía dominical de los colombianos es la columna en *El Tiempo* del escritor y memorialista Alfonso López Michelsen. No estaría mal complementarla con la lectura o relectura, actual y sorpresiva, en estos días, de una novela dura y esclarecedora como *Los elegidos*. Como lo dijo el inolvidable Hernando Téllez en una nota de 1953 que resume a cabalidad el tema:

El extraordinario mérito del libro de López Michelsen consiste, pues, en la denuncia, en el testimonio que hace sobre el mecanismo moral de una clase. Para hacerlo se necesita, como queda dicho, dos condiciones: una irrefutable autoridad como testigo y un coraje intelectual sin muchos precedentes. Pero no cabe duda que este libro no se podrá olvidar fácilmente y de que su testimonio se contará siempre entre los más valientes y eficaces que un escritor colombiano haya producido sobre el carácter nacional y el drama silencioso y terrible de la integración de sus clases. López Michelsen merece, con largueza, la admiración de los espíritus libres.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

“El idioma rezuma inteligencia”

Ensayos, glosas y otras erudiciones

Darío Achury Valenzuela

Ministerio de Cultura, Santafé de Bogotá, 1998, 245 págs.

Ensayos, glosas y otras erudiciones es una crítica comparación entre la manera clásica y moderna de valorar la literatura. Su *poiesis* designa una producción artesanal antes que una creación demiúrgica. La modestia de Achury Valenzuela lo llevó a guardar esa distancia respecto a la aventura formal del texto moderno y lo salvó del final formalista o estructuralista de mucha crítica contemporánea. Achury Valenzuela, enemigo acérrimo de la pedantería, jamás pactaría con el último estadio del formalismo, ese infecundo y frenético *metodologismo* que aún no acabamos de padecer. Achury Valenzuela es un poeta del humanismo; rescatar su escritura significa ver el predominio del creador, el ensayista, el prosista y no el simple erudito:

A mis ensayos —denominación petulante— los ata, sin embargo, una cuerda en común: la curiosidad de

encontrar en las palabras y locuciones del idioma ese duende invisible que las anima, las transmuta, las transfigura, las hincha de savias distintas, las colorea, las matiza y, finalmente, se complace en trocarlos las cartas del juego lexicológico. En toda búsqueda filológica hay mucho de aventura lúdica, dicho sea esto con perdón de la comunidad grave y adusta de los filólogos, en cuyo número jamás he aspirado a contarme. Solo soy en la materia un modesto aprendiz de brujo, que a la postre todo lo hecha a perder. [En palabras con azar, Instituto Caro y Cuervo, 1975]

Achury Valenzuela representa para las letras colombianas una de esas tradiciones que no es posible asumir; en este sentido tiene una forma muy parecida al país mismo, hecho de accidentes y excepciones. Las grandes creaciones y las obras maestras, sabemos que no surgen por generación espontánea, y es más lógico pensar que existe, previo al proceso creativo, un proceso explicativo. Achury Valenzuela nació el 15 de mayo de 1906 en Guatavita (Cundinamarca). Estudió en el seminario de Bogotá (quizá de allí provenga su formación en latín, griego y exégesis bíblica). Amigo cercano de Barba Jacob, colabora como crítico en la mayoría de las revistas culturales del momento. Fue considerado como uno de los ideólogos y fundadores del grupo "los Bachués". Compartió tertulia con León de Greiff, Germán Arciniegas y Germán Pardo García. Leyó en inglés y francés a los autores europeos de vanguardia que en Colombia apenas se conocían: Apollinaire, Eluard, Joyce, Pirandello, Virginia Woolf.

Marginal y anacrónica, su obra es un oasis en medio de nuestra geografía literaria. Sus prosas aparecen ante nuestros ojos con el resplandor intenso que sólo tienen los escritores clásicos, los creadores de un estilo, de una visión, de una lengua. Su linaje crítico es el de los glosadores alejandrinos o los exégetas medievales. Su obra se constituye en un paradigma del ensayo en Colombia. Su voluntad de conocer las fuentes, de aproximarse a nuestro pasado literario, la decisión de apropiarse

se la tradición española y la herencia latina, su profundo arraigo con la Europa renacentista, su amplio y minucioso conocimiento de los grandes autores del Siglo de Oro (Quevedo, Góngora, sor Juana Inés de la Cruz, sor Francisca Josefa del Castillo) hacen de él uno de los ejes de nuestras letras. Canon de excelencia y norma consciente en la escritura.



El caso de Achury Valenzuela es de una rareza tal, que el conjunto de su obra no ha podido ser asimilada y valorada como corresponde. El maestro sabía que sus temas no eran de predilección en las gentes de hoy: "cuya atención se ve atraída por asuntos más divertidos: la política, el deporte, la moda, la cibernética, la música sincopada y el arte abstracto". Asimismo pensaba que la ignorancia de la dramática evolución de la filología y de las ciencias afines (semiología, psicolingüística, estructuralismo) en el contexto colombiano era la causa de que entre nosotros se mirara con cierto "desdén burlón" todo cuanto en nuestra tierra se intente o se haga en materia de estudios filológicos y lingüísticos. Siempre serán mirados como *engendros* de algo que la gente llama, siguiendo la línea de menor resistencia, "gramática rancia y caduca". Achury Valenzuela era un conocedor de la lingüística desde Saussure, pasando por la escuela eslava de Trubetzkoy y Jakobson, la danesa de Hjelmslev, la escuela de París orientada por Meillet, la sueca de Malmberg, la logística de Carnap, hasta la simbólica de Bloch y Trager.

Su predilección por los clásicos del idioma no significó nunca un desdén por lo nuevo; al contrario, afirma: "Los clásicos me inducen a la curiosidad y al interés por la literatura moderna en

todas sus manifestaciones: poesía, novela, drama, crítica, etc. Esta síntesis y compenetración de lo antiguo y lo moderno producen en mi espíritu un justo equilibrio de emociones y sensaciones que me acercan a los lindes de la serenidad".

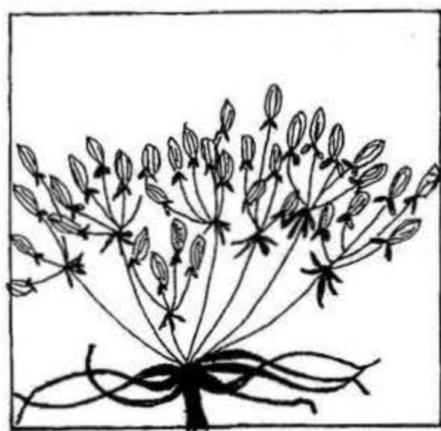
Un ejemplo de este interés por la literatura moderna es el análisis minucioso sobre la novela *Los versos satánicos* de Salman Rushdie. Texto inédito —escrito en 1984— que ve la luz en estos homenajes nacionales de literatura (1998) del Ministerio de Cultura.

Achury Valenzuela comprende la "escasez de sus lectores", sabe que sus audacias de estilo y sus apuntamientos dormirán siempre inéditos en espera de una revisión sosegada. Como el que hace el maestro Azorín en su glosa a la expresión cervantina "duelos y quebrantos", publicada en la Revista Nacional de Cultura, de Caracas: "Cervantes nos dice que Alonso Quijano, los sábados comía 'duelos y quebrantos'. Hay muchos textos en que se declara que tales 'duelos y quebrantos' son huevos fritos y pedazos de tocino [...] No nos empeñemos —afirma el maestro español— en circunscribir lo incircunscrito; éste es un afán que nos hace desasosegada la vida. Lo indeterminado tiene en ocasiones más encantos que lo definido. El boceto, a veces, vale más que el cuadro". (En ABC, Madrid, 11 de marzo de 1952).



No interesa finalmente que las argumentaciones de Achury Valenzuela sean verdaderas o falsas, que los "duelos y quebrantos" del Quijote tengan que ver con la bula de Benedicto XVI; que la palabra biso/viso del verso de Valencia —en su poema *Leyendo a Silva*— lo haya tomado de la tradición greco-latina o hebrea; o que la "geofagia" y su

interludio lexicográfico tengan que ver con la farmacopea o el Siglo de Oro español. Poco importan los destellos teóricos, de *Insights* muy penetrantes. Importa “el placer del texto” —para utilizar la expresión acuñada por Barthes—, el gusto por la lectura, por la argumentación que apenas se sugiere. Achury Valenzuela entendía su escritura como un simple ejercicio sin pretensiones teóricas. Las notas al margen de sus libros se convertían para el —*homo ludens*— en temas de sus ensayos: “que por el momento me interesan y luego fenecen como el heno”. Esta *Cocina de la escritura* —título del *best-seller* catalán Daniel Cassany— era para Achury Valenzuela un simple procedimiento nemotécnico: “Con estas notas al margen adrezo estas páginas y las hago hasta cierto punto digeribles”.



Alimento en verdad poco o nada asimilable en el contexto colombiano. La cultura de Achury Valenzuela era vasta, pero su verdadera lección —la lección que hoy nos interesa— es su gusto por el desarrollo analítico, verdadera filigrana verbal, deslumbramiento por el lenguaje (el logos). En este sentido sí a contrapelo con la academia, gramáticas y preceptivas rancias. Prosas en que, como afirma su recopilador y prologuista Óscar Torres, “el idioma rezuma inteligencia”. El maestro de Guatavita (ensayista, glosador, exégeta, erudito, antologista, escoliasta, cronista) es en esencia un reaccionario —anacrónico intelectual, bestia prehistórica— que navega entre tajos y guadalquivires de tinta. Ni tan ingenuo, ni tan presumido: por quien haber bebido tanto licor de los clásicos, es ya, un “beodo del idioma”.

JORGE H. CADAVID

La epístola como ceremonia de purificación

Cartas apócrifas

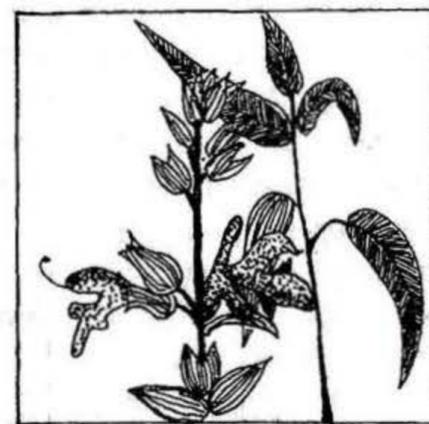
Gloria Guardia

Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 202 págs.

Irrumpir en la intimidad de una misiva dirigida a alguien que no es uno —aunque se trate de una oferta pública— estimula, de entrada, a la curiosidad. El género epistolar fundamenta su atractivo justamente en ese carácter privado, íntimo. Una vida expuesta en líneas cuyo lector ha sido previamente escogido —así al final pueda ofrecer para muchos un interés particular— es una estrategia de escritura que, espontánea o premeditadamente literaria, presupone como condición cierto grado de conocimiento entre remitente y destinatario. Nunca se descubre tanto una persona como cuando se dirige en un tono confidencial a alguien a través de una carta. Es el ejercicio de escritura que, junto al diario, pone en mayor riesgo de desnudez e indefensión al alma. Baste recordar las célebres *Cartas a Theo* de Vincent van Gogh o las *Cartas a Felice* de Franz Kafka, entre otras.

Sin embargo, el género epistolar atrae al lector con un acrecentado interés cuando, además, se advierte su condición apócrifa. “Fingir” la voz de otro supone, por parte del “impostor”, un complejo saber y una sedimentada experiencia con la palabra. Lo uno y lo otro, condiciones indispensables para alcanzar un efecto de verosimilitud apropiado, máxime cuando se invocan un espíritu y un estilo ajenos. La criatura resultante no deja siempre de sorprender, y el primer impulso es lograr poner en evidencia las costuras. Pese a lo anterior, quienes alguna vez han “cometido” el texto apócrifo suelen ser avezados maestros, conocedores hasta la médula de la figura y la voz de quien sirve como “médium”. Este es el caso de Gloria Guardia, autora de *Cartas apócrifas*, libro ganador del concurso de cuento “Bogotá, una ciudad que sueña”, 1996. Gloria Guardia, según reza

detalladamente la solapa del libro, es reconocido miembro de la Academia Panameña e individuo correspondiente de la Española y Colombiana. Su trayectoria literaria va de Europa a Estados Unidos y en su producción literaria se cuentan nueve libros y estudios monográficos. Traducida al inglés y al ruso y publicada en varios países de América, Europa y la antigua Unión Soviética, ha sido distinguida en más de una ocasión con importantes premios literarios. Ejerció además el periodismo y hoy día participa activamente como secretaria general de International P.E.N. (Organización mundial de escritores) en Colombia. Finalmente, informa la solapa, reside en Bogotá desde 1995.



Gloria Guardia demuestra con estas *Cartas apócrifas* no sólo ser “heredera de una rica tradición castiza que va de Cervantes a Borges” (pág. 10), sino dominar así mismo una vertiente literaria europea con la cual parece sentirse a gusto. Esta visión cosmopolita de la literatura se percibe en la seguridad con la que se hilvana su discurso y en la fluidez y naturalidad con las que se desenvuelven las distintas voces apócrifas, con lo cual la lectura de estos textos resulta no sólo interesante sino, incluso, conmovedora.

Este epistolario tiene como precedente, según apunta la prologuista, una obra crítico-literaria publicada bajo el título de *En la búsqueda del rostro* y agrega que ambos comparten “la visión crítica de Valéry, no sólo en el aspecto metódico de investigación intelectual sino sobre todo por la simpatía profunda que conoce, por la vía de la afectividad, hasta hacer suya la voz ajena” (pág. 13). El propósito de Gloria Guardia pareciera entonces dirigirse hacia la